

Algunos meses antes de su muerte, me escribía una carta admirable, de la que desgloso esta meditación:

Me he sentido este verano en una disposición de espíritu singular. La temporada pasada me ha hecho el efecto del cuarto acto de mi vida, cuarto acto que está bien lleno y terminado: la publicación de mi volumen y el feliz restreño de *Adriana Lecouvreur*.

Ahora entro en el quinto, el acto del desenlace. Desearía vivamente que, según nuestras leyes de teatro, fuese corto y concordase bien con la obra. Desgraciadamente no soy el único en hacerlo; tengo un colaborador que se reserva el plan y que no me deja más que un papel que desempeñar. En fin, lo haré lo mejor que pueda. No sabe Ud. qué agitación de pensamiento nos produce esa previsión del más allá.

No hay duda que se vive en dos mundos á la vez. Cuando, al dar un paseo por el bosque llego á cierto punto muy elevado llamado la Roche Cavalière, desde donde veo á mis pies el curso del Sena, y sobre mi cabeza esa ancha bóveda del cielo, me pregunto quien me ha lanzado al infinito. Me pregunto si tendré aún un puestecito personal en ese azul sin límites ó si me quedaré escondido en un reducido agujero de nuestro suelo sin ejercer más función que hacer brotar algunas tallos de hierba...

Deja un nombre querido, estimado y respetado por la nitidez, por la honradez familiar del talento, por la influencia feliz de un espíritu laborioso y benéfico. Esta hermosa vejez parece haber realizado el sueño del poeta y del sabio:

Rien ne trouble sa fin, c'est la fin d'un beau jour!

El Sr. de Vogüé inició en Francia la literatura rusa y las obras de Tolstoï para extraer de ellas la doctrina de la piedad. Paul Desjardins dictó el *Deber presente* á sus contemporáneos, y J. F. Denis hizo la historia de las *Ideas morales en la antigüedad* para proponernos ejemplos.

VI. — La pedagogía ha inspirado hermosas páginas y grandes obras á Víctor Duruy, á Julio Simon, á Bersot y á Legouvé de quien ya he hablado, á Lavissee, historiador y guía de la juventud, á Liard, á Marion (enseñanza de las jóvenes, pedagogía de la bondad), á P. Dupanloup, digno continuador de Fénelon, y al fogoso P. Didon. Compayré ha escrito una historia útil de los educadores.

Una de las más grandes figuras es la de Gréard (1828-1904). Nacido en Vire, y alumno de la Escuela normal, se inició en el profesorado en Metz, donde la sombra de Bossuet le inspiró sin duda el gusto puro y elevado de la sencillez fuerte y sobria; después tuvo que sostener

sus tesis de doctorado, en las cuales el futuro educador había estudiado como á modo de esgrima á los grandes moralistas, Séneca y Plutarco. Nombrado inspector de Academia por el Sr. Duruy, que adivinó en él un auxiliar de gran mérito, fué subiendo todos los grados, director de la enseñanza primaria del Sena, inspector general de instrucción pública, director de la enseñanza primaria en el Ministerio, rector de la Academia de París, obtuvo el premio Halphen en 1874 y fué recibido en 1886 en la Academia Francesa; fué gran oficial de la Legión de honor y miembro del consejo de la Orden.

Nuestra enseñanza pública es obra suya. Si Duruy inauguró el trabajo y abrió el camino, la realización la debe Francia á Gréard. La enseñanza fué su patrimonio y su gloria. Á ella se consagró exclusivamente y adquirió en este terreno esa autoridad que da una existencia consagrada al servicio de una sola idea. Duruy le dijo un día: «¿Quiere Ud. ser secretario general del ministerio? — Él rehusó para no abandonar la obra no terminada. — ¿Quiere Ud. ser senador? Despreció este intermedio en sus trabajos. — ¿Quiere Ud. encargarse de las dos grandes Direcciones del Ministerio?» Tantas grandezas no sedujeron á aquella voluntad tenaz, consagrada toda á un fin determinado del que nada podía distraerle. Su carácter estuvo á la altura de su tarea y de su situación. Daba su parecer con decisión, pero no adoptaba una opinión, sino después de haberla puesto suficientemente á prueba, para estar seguro de no tener que repudiarla; sin embargo, tenía gran amenidad en su trato. Se apasionó por sus ideas pero en medio de las discusiones más ardientes, en la Academia, cuando se trataba de la reforma de la ortografía, que levantó tempestades, jamás se le vió perder la calma. Su larga carrera es un resumen de esfuerzos que han tenido cuatro objetos principales: organización de la enseñanza primaria en Francia; reorganización de la enseñanza secundaria y de la enseñanza moderna; creación de la enseñanza de las jóvenes; reforma de la ortografía.

En cuanto á la enseñanza primaria, ha hecho lo que hacía falta, organizando la escuela maternal á fin de que hubiese clases diferentes para las diferentes edades, en tanto que antes servía la misma lección para los niños de dos años y de siete. La escuela primaria, gracias á él, enseña lo que es indispensable saber para ser hombre útil; además cuenta ahora con cursos complementarios para los niños que ya tienen su certificado de instrucción primaria antes de la edad de entrar en el taller, y que sólo lograrían desorganizar los cursos si volviesen á ellos como veteranos, ó andar vagando por las calles si se les cerrara la escuela. La escuela primaria superior permite á los pobres laboriosos é inteligentes adquirir conocimientos más extensos, aprender un oficio, una lengua, ir á vivir en el extranjero donde se les procuran empleos temporales y convertirse de esta suerte en excelentes capataces del

ejército del trabajo. La obra de Gréard es inmensa; la Academia de Ciencias morales y políticas la ha consagrado. En un Congreso de la enseñanza primaria, el ministro saludó triunfalmente en él « al primero de los institutores de Francia ».

En cuanto á la enseñanza secundaria, consagróse á su reforma con una competencia, cuya fórmula podría ser: « Simplificar para fortalecer. » Nadie mejor que él ha comprendido el interés que había en consolidar y realzar la enseñanza moderna dejando la clásica para los elegidos. La enseñanza moderna no tiene nada de común con ninguna enseñanza profesional: es la que conviene á las generaciones entre las que se han de reclutar clases numerosas á las que de nada les servirían el griego y el latín. Para citar los principales, basta decir que la enseñanza moderna bien comprendida es la que conviene exactamente á los futuros miembros de la Academia de Ciencias, á los jefes de las grandes administraciones y á los grandes exploradores. Á estos basta hacerles conocer las obras antiguas por medio de buenas traducciones. Pueden aprender á conocer á los griegos, sin el griego.

La enseñanza de las jóvenes tal como la ha creado el Sr. Gréard, es un progreso con relación al estado anterior. Hay sin embargo algo que decir. Los programas de las jóvenes presentan el grave inconveniente de estar calcados sobre los de los varones. No están hechos especialmente para futuras mujeres. Según la linda frase de Legouvé, es una enseñanza que no tiene sexo; es preciso que se haga femenina, que se vea simplificada y descargada.

Legouvé escribió una carta célebre á propósito del liceo Lamartine en la que atacaba los programas actuales y exponía sus deseos. Dando prueba de ingenio, permitió Gréard que se le dedicase esta crítica, sancionando de este modo los deseos de un revolucionario de buena ley. Pero, con lo que ha señalado más Gréard su genio de innovador, ha sido tal vez con su proyecto de reforma de la ortografía, en el que, con sabiduría y prudencia se proponen modificaciones que el uso introducirá fatalmente y que se realizarán penosamente por sí solas si no se llevan á cabo. Ciertos hombres torpes han echado á perder la idea, desfigurándola y proponiendo la ortografía fonética — como si todos los hombres pronunciaran de la misma manera. Gréard tocó esta materia con reserva y tacto. Su proyecto fué uno de los mejores que la Academia Francesa ha oído y aprobado, antes y después de la *Carta á la Academia* de Fénelon. En resumen, nadie ha elevado á tan alto grado el arte delicado y difícil de la pedagogía que se ha ennoblecido, gracias á él, con los sentimientos más generosos, con nociones elevadas de dignidad, de probidad y de abnegación, á fin de que la escuela pública sea una escuela de grandeza de alma, en que se mantengan el culto de la ciencia, la fidelidad al deber y la lealtad. Michelet ha dicho: « La primera

parte de la política es la educación, la segunda la educación, y la tercera la educación. » En este sentido fué Gréard el primero de nuestros políticos.

VII. — Algunos sabios han expresado su pensamiento con una elevación y una pureza tales que la literatura debe acogerlos entre sus filas. Tales fueron Lacépède (1756-1825), Monge, Laplace (*Exposición del sistema del mundo, Cálculo de las probabilidades*), el matemático y físico Joseph Fourier, *Teoría analítica del calor* (1822) precedida de un notable *Discurso preliminar*, el físico Ampère, el Kepler y el Newton de la electro dinámica, *Ensayo sobre la filosofía de las Ciencias* (1833-1843), su obra capital; *Diario y Correspondencia, Recuerdos*; el naturalista Lamarck (*Filosofía zoológica*, 1809); Geoffroy Saint-Hilaire (*Filosofía anatómica*); Cuvier (1769-1832) que en su *Discurso sobre las revoluciones del globo* (1821) llega á la amplitud y firmeza del lenguaje, al desarrollo amplio y regular de Buffon y cuyos *Elogios* son una colección de primer orden; Elie de Beaumont, que maravilló al mundo sabio con su teoría de la edad relativa de las montañas; Eliseo Reclus (*la Tierra*) y Lapparent (*Tratado de geología*).

Francisco Arago (1786-1853), profesor en la Escuela politecnica, astrónomo, físico, se consagró á vulgarizar la ciencia fuera del mundo sabio y lo hizo con tanta claridad como elevación. Sus *Elogios* y sus *Noticias*, publicadas en el *Anuario del Bureau des Longitudes*, están inspiradas en un ardiente entusiasmo por el progreso científico y una admiración equitativa de los inventores. Biot (*Ensayos sobre la historia general de la ciencias durante la Revolución francesa*, 1803; *Misceláneas científicas y literarias*, 1838) tuvo el culto del arte clásico y el cuidado de escribir bien. El naturalista Flourens dedicó á Buffon y escribió en limpio estilo la *Ontología natural*. El antropólogo A. de Quatrefages debió á su ciencia y á su conciencia que Darwin dijese de él: « Vale más ser criticado por el Sr. de Quatrefages que alabado por otros muchos. »

Henri Milne-Edwards (1800-1885) ha dejado notables lecciones sobre *la Anatomía y la Fisiología de los animales* (1857-1881). Su hijo Alphonse Milne-Edwards (1835-1900) hizo trabajos considerables sobre los seres que pueblan el fondo de los mares y sus relatos de sondeos (*Expedición del «Talisman»*) ofrecen el más vivo interés.

En química, Wurtz (*Teoría atómica*), Sainte-Claire Deville (*Lecciones sobre la disociación*) y Grimaux fueron célebres. J.-B. Dumas, en los *Elogios*, tiene amplitud y elocuencia.

Berthelot tuvo una cultura literaria esmerada que da gran mérito á sus trabajos de mecánica química, la *Síntesis química* (1876), y á sus

conocidas obras los *Orígenes de la alquimia* (1885), *Ciencia y Filosofía* (1886), *Ciencia y Moral* (1897) y *Correspondencia con Renan* (1898). Sus discursos políticos tuvieron nobleza y vigor.

La medicina tuvo sus glorias. Claude Bernard empleó un estilo igual á la calidad de su doctrina en su *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865) y en sus *Lecciones sobre los fenómenos comunes á los animales y vegetales* (1878).

Paul Bert hurtaba á la política y á la polémica el tiempo necesario para escribir útiles estudios fisiológicos: *Fisiología comparada de la respiración*, *Anatomía y Fisiología animal*, y excelentes libros para la juventud.

Vulpian, Dastre y Ch. Richet han compuesto obras inspiradas por los métodos de Claudio Bernard. Sadi Carnot estudiaba la potencia motriz del fuego (1824) y descubría el principio de la degradación de la energía.

Pasteur es un nombre demasiado universalmente glorioso para que haya que explicar largamente la notoriedad de este hijo de un curtidor del Jura que descubrió y reglamentó la vida de los seres invisibles. Sus trabajos sobre la rabia han sido más populares por ser más manifiestamente útiles; pero el secreto de su genio se halla en sus estudios sobre la fermentación. Tuvo el patriótico cuidado de igualar nuestro sistema universitario con la vigorosa disciplina de las universidades alemanas, y á ello se consagró. Empleaba en cuanto hacía, una conciencia llena de emoción y no hay nada que justifique esta emoción como el espectáculo de los grandes secretos que arrancaba á la naturaleza para la salvación del hombre, de la humanidad y de los animales. Estando en la Escuela normal, escribí las siguientes líneas que le recordarán á los que han conocido aquel modesto rincón de la calle de Ulm:

Entre las grandes figuras que prestan á la Escuela mayor brillo hay una sobre todo que la ilumina, por decirlo así, con un resplandor que se extiende sobre el mundo entero. Hasta hace pocos años, el Sr. Pasteur habitaba encima del Sr. Perrot, en el ala principal de la Escuela. Veíasele bajar por la mañana temprano, cubierta la cabeza con un gorro, y atravesaba, absorto en sus meditaciones científicas, el pequeño parque plantado de árboles separado por una verja de la calle de Ulm. En el fondo se hallan los edificios en que están instalados sus laboratorios de experimentos. Antes de la fundación de su Instituto, allí acudieron los primeros «rabiosos» para hacerse inocular el virus benéfico. Todos los días, á las diez, se paraba en la puerta una fila de coches y experimentábamos un placer especial en contemplar el desfile abigarrado y diverso de los enfermos. Allí tenían representantes todas las clases de la sociedad y todos los pueblos de Europa: la rabia es una terrible niveladora. Las demás enfermedades dejan aún sitio á las desigualdades sociales. La misma pulmonía hace sucumbir á uno en la cama de un hospital ó en el blando lecho de su lujosa vivienda. El pequeño

laboratorio de la calle de Ulm atraía indistintamente á pobres y á ricos. Había allí mendigos mordidos cerca del arroyo donde disputaban á un dogo un hueso mal roído; mujeres elegantes con el cabello teñido que habían sido rasguñadas por su perrito; viejas porteras con anteojos cuyo perro se había peleado en la calle con un perrazo sospechoso; campesinos, empleados y burgueses: cortejo lúgubremente cómico en su implacable variedad y que hacía pensar en la danza de Holbein. En el barrio, le paraban á uno en la acera transeúntes con la mano envuelta en trapos que preguntaban por «la casa del Sr. Pasteur», como se pregunta en provincias por la casa del notario.

Entre los primeros clientes figuraban cinco mujiks¹ que habían sido mordidos por lobos rabiosos. Á lo largo de la calle Gay-Lussac se los veía por la mañana dirigirse al laboratorio con sus gorros de pieles, con la túnica roja sujeta por un cinturón y sus anchos calzones de terciopelo negro metidos en enormes botas.

Tenían la cabeza y las manos cubiertas de vendas. Desde el fondo de la Pequeña Rusia habían acudido hacia el salvador, semejantes á los pastores de Belén. No había nada tan conmovedor como aquel éxodo *in extremis*. En los primeros días hubo en todo el barrio la más viva emoción en la que entraba por partes iguales la curiosidad y el miedo. Los rabiosos, como los apesados, hacen el vacío en torno suyo. Poco á poco se acostumbró la gente. Los tenderos no se asomaron á sus puertas para verlos pasar; los estudiantes rusos los detenían y los interrogaban: pronto se hicieron amigos; en aquellas calles tranquilas donde tanta sensación habían producido acabaron por conocerlos y saludarlos. Causó admiración el no verlos ya pasar y, después de su partida, faltó una distracción por las mañanas, en la vertiente de la montaña de Santa Genoveva.

Este laboratorio de la calle de Ulm ha visto grandes y maravillosas cosas. Si alguna vez cambia de sitio la Escuela, habrá que conservar y preservar aquel rincón como se hacía en la antigüedad con los sitios sagrados. Allí, detrás de aquellas vidrieras, en aquellas salitas en que despedían reflejos los frascos, los tubos y las retortas, en medio de las jaulas de conejillos de Indias y bajo aquel modesto techo, germinó la teoría de los bacilos que debía revolucionar la ciencia y conmover al mundo; en las bodegas de la Escuela, se hizo la sabia cultura de los fermentos, de donde debía salir el remedio de tantos males incurables; allí se reveló un secreto de la misteriosa naturaleza, cual si hubiera tocado á aquel punto ínfimo del globo una partícula de la divinidad. (LEO CLARETIE, *l'Université moderne*.)

D'Arsonval, Duclaux (*Pasteur, Historia de un espíritu*), el doctor Roux, el Sr. Curie, muerto prematuramente, la Sra. Curie y el doctor Metschnikoff han continuado estos gloriosos trabajos. El Sr. Edmond Perrier ha presentado magistralmente el *Transformismo* (1888). Michel Chasles ha trazado un cuadro histórico muy claro acerca del origen y desarrollo de los métodos en geometría.

Joseph Bertrand fué un sabio letrado. Se encuentra placer y provecho en leer sus estudios sobre d'Alembert (1889) y sobre Pascal (1891).

1. Campesino ruso.

VIII. — La ciencia más particular de la filología ha adquirido en este siglo un desarrollo importante. Fauriel, Raynouard (*Léxico y Gramática de la lengua romana, la Poesía de los trovadores*) fueron los primeros romanistas.

Fauriel (1772-1844), antiguo oficial, abandonó la espada por la pluma, frecuentó la Sociedad de Auteuil con Cabanis, Destutt de Tracy, Mad. de Staël, Condorcet, Benjamin Constant, Schlegel y Humboldt, aprendió el sánscrito, el árabe y el dinamarqués, conoció todas las literaturas extranjeras¹, vulgarizó los cantos populares de Grecia que agradaron en 1830, estudió la lengua y las costumbres de la antigua Francia meridional, descubrió las canciones de gesta y la poesía del Dante. Fué uno de los padres del romanismo, con Raynouard á quien ya he citado.

Monmerqué, d'Arbois de Jubainville, Paulin Paris, Egger, Bréal, Renan, Darmesteter, Weil, Tournier, Croiset y Goelzer han proyectado viva luz sobre esta ciencia moderna y sobre la crítica de los textos que ya no es privilegio de Alemania.

IX. — La literatura francesa no se halla circunscrita en el dominio y las fronteras de Francia. Se extiende más allá y su historia confina con la geografía.

La Alianza francesa para la propagación de la lengua y de la influencia francesas á través del mundo¹, las misiones de Oriente, la

1. Ya hemos hablado en una nota anterior de los trabajos de Fauriel sobre la literatura española. Estudió también el vascuence y llevado del entusiasmo, atribuyó una antigüedad que no tienen á los famosos cantos *Lelo* y *Allabinear* que son meras supercherías, como el *Buscapié* de Castro. (N. del T.)

2. La lengua inglesa es hablada por 116 millones de hombres.

— rusa	85
— alemana	80
— francesa	58
— española	44
— japonesa	40
— italiana	34

En una clasificación de este género no lo hace todo el número: la calidad de las personas que hablan una lengua entra por mucho; de otro modo el primer pueblo del mundo sería el chino, cuya lengua es hablada por 400 millones de hombres. Léase *la Lengua francesa en el Mundo*, obra publica por la Alianza francesa en 1900.

a. Esta caprichosa estadística, que copian sin vacilación todos los escritores franceses, incluso e Sr. Finot, director fundador de la *Revue des Revues*, no puede ser más falsa en lo referente al español. Sólo las Repúblicas hispanoamericanas y las Islas Filipinas arrojan un total de mas de 44 millones, á los que hay agregar los 18 millones y medio de habitantes de España. (N. del T.)

iniciativa privada de los conferencistas y artistas dramáticos, el *Comité francés de las exposiciones en el Extranjero* (para la librería, obras de arte y relaciones comerciales), mantienen en ambos mundos el uso, el conocimiento y la afición al francés y á nuestros escritores.

Fuera de Francia, existe una literatura francesa representada por periódicos y obras¹: *L'Indépendance belge*, *L'Indépendance roumaine*, *le Courrier de Sofia*, *le Journal de Saint-Petersbourg*, *le Courrier des États-Unis* son algunos de los periódicos más notorios escritos en nuestra lengua, lejos de nuestro país².

Tres países de lengua francesa nos procuran la contribución más rica: Bélgica, Suiza y Rumania que es un islote latino entre los eslavos, los tcheques y los sajones.

Ha escrito en francés toda una falange de belgas: Ph. Lesbroussart, el barón de Stassart, Potvin, Valère Gille [*le Collier d'opale* (1899), *les Tombeaux* (1900), *le Coffret d'ébène*], Iwan Gilkin, el romántico Van Hassell (1806-1874), Ant. Clesse (1816-1888), autor de *Rubens* (1840); Verhaeren, el extraño evocador del pasado español de flandes, que hace estremecer con sus melancolías dolorosas; el Parnasiano Em. Van Arenberg, Albert Giraud (de Lovaina), Fernand Severin (de Namur), Prosper Roidot, H. Hoornaert, Geo Eekhoud, el pintor amberés de los Polders y de los mozos de Flandes; Ch. Van Lerberghe, Paul Gerardy, G. Marlowe (de Malinas), Isi Collin, Gens. Ramaekers, Theo Hannon, Knopff, Maus, Victor Remouchamps, Max Elskamp, Rodolfo de Warsage, Alb. Mockel (de Lieja) y toda la joven Bélgica y los redactores del *Magasin littéraire*, del *Réveil*, de *Wallonie*, de la *Revue belge*, de *l'Art moderne*, de la *Revue de Belgique*, de *l'Idée libre*, de *Thyrse* y de *Durandal*. Henri H. Conscience ha escrito numerosas novelas que tuvieron gran boga. Maurice Maeterlinck (de Gante) ha conquistado su derecho de ciudadanía en la más pura cima de las musas francesas. Camille Lemonnier ha puesto su vigoroso talento al servicio de obras tan francesas que se olvida su nacionalidad. Rodenbach, el melancólico soñador de Brujas la Muerta, evoca los canales tranquilos en que flotan los blancos cisnes, y en que se reflejan los aguilonos de las antiguas casas y beguinajes; y las beguinas de céreo semblante, van discretamente con su capellina negra, hacia la iglesia donde repican las alegres campanas. La noche llena de sombras y aletarga la ciudad,

1. Véase colección de *Poetas franceses del Extranjero*, de Georges Barral; *Chrestomatie*, de Sensine (Lausana); *Poetas líricos franceses*, por Fonsay y Van Doren (Verviers); V. Rossel, *Historia de la Literatura francesa fuera de Francia*, etc.

2. *Journal de Genève*. — *Courrier de Genève*. — *Gazette de Lausanne*. — *L'Étoile belge*. — *Journal de Liège*. — *Journal de Charleroi*. — *Le Patriote de Bruxelles*. — *L'Express de Mulhouse*. — *Journal d'Alsace*. — *Journal de Montréal*. — *Stamboul-Osmanli*. — *Courrier de l'Illinois*. — *La France de Santiago*. — *La France de Buenos-Ayres*. — *La Revue du Brésil*. — *Courrier de Smyrne*. — *Revue commerciale du Levant*. — *Journal égyptien*. — *Phare d'Alexandrie*, etc.

a. Hay que agregar *Le Courrier du Plata*, de Buenos-Aires.

embota el alma, apaga la luz y el color pálido de los recuerdos: y nada se parece menos á la ciudad activa que es la Brujas moderna.

Suiza no se muestra menos rica con Amiel (1821-1881), Topfer, Petit, Senn, Galloix, J.-J. Porchat, F. Monneron, Juste Olivier, Et. Eggis, M^{me} de Pressensé, Marc Monnier, Eug. Rambert, Ed. Tavan, P. Godet, A. Egli, E. Bussy, H. Warnery, Virgile Rossel, Ch. Fuster, A. Ribaux, J. Carrara, J. Kaiser, L. Duchosal, M. Morhardt, Alice de Chambrier, Jacques Daleroze (lindas canciones infantiles), Sandoz, y el canónico Jules Gross (*Theoduline*).

En Rumania resiste la tradición francesa y sirve de inspiración á brillantes talentos, empezando por aquella á quien el mundo discierne una doble aureola, de respeto hacia Isabel, reina de Rumania, y de admiración hacia Carmen Silva.

Julia Hesdeu, muerta á los 20 años en 1888, fué un genio precoz y apenas vivió. Ha dejado hermosos versos: *Bourgeois d'avril* y *Chevalerie*. Elena Vacaresco ha escrito con profunda emoción sus poemas llenos de vida. Al. Macedonski, el gran poeta de los Cárpatos, D. Bolintineano, Bossy, A. Sturdza, Ollanescu, G. Bengesco, Vlahutza, el pintor de la Rumanía pintoresca, Th. Cornel, Pompiliu Eliade, el historiador ampliamente informado del espíritu público en Rumania; Vaschide, el psicólogo; J. Rosca, D. Xenopol, el eminente historiador correspondiente de nuestro Instituto; A. Xenopol, el economista; B. Conta, el filósofo; G. Holban, la condesa Dora de Istria, Marie D. Ghica, Sra. Edgard Quinet, Antoine Bibesco, Jean de Mitty, Ad. Cantacuzène, Olímpe Joan, Jean Jacquinet de Tomes, N. Jorga, A. Davila, los esposos Jules Brun, etc., han demostrado un culto ferviente y feliz hacia la lengua, la literatura y la cultura francesas en obras variadas y de gran valor cuyo detalle me llevaría fuera de los límites asignados. No olvidemos que la condesa Mathieu de Noailles tiene como nombre de familia Brancovan.

En África, Argelia ha tenido á Robt. Randau de Mustafa que fué buen poeta.

La América del Sur ama y cultiva el francés.

Haïti ha visto nacer y escribir á Etzer Vilaire (*le Flibustier*, *Page d'amour*, *Poèmes de la Mort*).

El Canadiense Fréchette [*les Oiseaux de neige* (1879), *Poésies canadiennes* (1887), *la Légende d'un peuple* (1888)] tuvo en Europa celebridad justificada.

Lemay, Chapman, J. Quesnell, J. Lenoir, Fiset, Marsile, Ch. Gill, Napoleón Legendre, E. Lareau, historiador de la literatura canadiense, tienen también derecho á nuestro recuerdo como todos los que por su devoción á Francia han cultivado nuestra lengua, porque han estrechado los lazos entre supueblo y el nuestro, tan hospitalario y tan bien acogido.

Debemos mantener con gran celo, mediante nuestra atención y simpatía esa literatura francesa *extra fines*: vale con frecuencia mucho más que la literatura francesa de exportación que arroja sobre los pueblos las villanías de sus incalificables mentiras, con arreglo á las cuales acabarán por juzgarnos. Vigilemos nuestro tesoro literario, respetemos la grande y elevada idea que han hecho concebir de nuestra literatura diez siglos, hagamos lo posible por que se nos quiera y por que sea largo tiempo verdadero el verso del poeta:

Tout homme a deux pays, le sien et puis la France!

Hemos llegado ya al término de este largo viaje que empieza en el año 900 para detenerse en el 1900. Os he contado este cuento de mil años de literatura. No hay pueblo en el mundo que ofrezca semejante materia á la historia de las letras.

Desde 1900 han surgido muchos escritores y muchas obras nuevas. En cuanto es dado al hombre prever y disponer de lo porvenir, me propongo, en 1910, poner al día esta larga exposición agregando el cuadro literario de la primera decena del siglo xx, y en él se hallarán nombres, que tal vez llamará la atención el que no figuren en este relato: no habían adquirido aún la notoriedad que han logrado después. De aquí á entonces, tendrán tiempo de salir á luz otros y de venir á enriquecer este maravilloso repertorio de nuestras letras francesas, el más brillante y lozano que ha conocido jamás nación alguna. Ya, el principio del siglo xx es bastante brillante para poder augurar su futura fortuna. ¡Ojalá logre cumplir las promesas de sus primeros años!

SINCRONISMO DEL SIGLO XIX. — 1800: El Consulado. — Segunda campaña de Italia. — Marengo. — Hohenlinden. — Matrimonio de Murat. — Schiller, *Maria Estuardo*. — Muerte de Daubenton. — *Atala*. — 1801: Concordato. — Paz de Lunéville. — Talleyrand. — Volta y el galvanismo. — La Sra. Récamier. — Ingres, premio de Roma. — Schiller, *la Pucelle d'Orléans*. — Nacimiento de Littré. — Muerte de Rivarol, de Demoustier. — 1802: Bonaparte consul vitalicio. — Paz de Amiens. — Nacimiento de Victor Hugo. — 1803: Guerra con Inglaterra. — Campo de Boulogne. — Schiller publica *La Fiancée de Messine*. — 1804: Napoleón emperador. — Promulgación del Código civil. — Muerte de Kant. — Schiller publica *Guillaume Tell*. — 1805: Tercera coalición. — Batalla de Austerlitz. — Muerte de Schiller. — Muerte de Greuze. — 1806: Cuarta coalición. — Batallas de Jéna y de Auerstaedt. — Bloqueo continental. — Tratado de Tilsitt. — Guerra de España. — 1808: Fundación de la Universidad. — Batalla de Bailén. — 1809: Sitio de Zaragoza. — Quinta coalición. — Batallas de Essling y Wagram. — Tratado de Viena. — Divorcio de Napoleón y Josefina. — 1810: Matrimonio de Napoleón y de María Luisa. — Masséna lleva el ejército á Portugal. — Goethe, *les Affinités électives*. — Nacimiento de Alfred de

1. Todos tienen dos patrias, la suya y después Francia.